

El problema de la metafísica sobre el cuál Kant se cuestiona es su imposibilidad de avanzar de la misma manera que lo hacen otras ciencias, como la matemática y la física. Estas ciencias, especialmente la física, estaban teniendo un gran progreso en el siglo XVIII; en cambio, la metafísica estaba en medio de un caos entre el dogmatismo de los racionalistas y el escepticismo de los empiristas. Es por esto que el ilustrado alemán, trata de averiguar, mediante el análisis crítico de la razón, qué es lo que impide a la metafísica progresar. Pero para ello, deberá primero averiguar cuáles son las características del conocimiento en general, que viene representado por la ciencia, y después, comparar estas condiciones con la metafísica para ver si las cumple y así responder a la pregunta: ¿Es la metafísica una ciencia?

No obstante, antes de desarrollar todo el procedimiento que llevará a Kant a contestar esta pregunta, es preciso realizar algunos matices sobre el término “metafísica”. Puesto que este concepto es de una vital importancia en la filosofía kantiana, adquiere distintos significados, cuatro acepciones diferentes: en primer lugar, en el sentido de metafísica tradicional, la dogmática que se desarrolla al margen de toda experiencia y sin crítica alguna. En segundo lugar, como disposición natural en tanto en cuanto que se ocupa de cuestiones que el ser humano se plantea de forma natural –alma, mundo y Dios. En tercer lugar, es la denominación que el propio Kant da a su sistema filosófico, a su filosofía crítica. Por último, la metafísica como la que se ocupará, cuando Kant responda a la cuestión antes planteada, del mundo de la ética y de los valores. De manera que cuando hablamos de comparar la metafísica con las demás ciencias, hablamos evidentemente de su acepción tradicional.

Pues bien, en el camino de dar respuesta a las pretensiones de la metafísica, el primer paso es analizar que es lo que proporciona validez a la ciencia. En este sentido, es importante tener en cuenta que Kant no analiza la ciencia porque dude de su validez, ya que es evidente que es conocimiento, sino que lo hace para descubrir qué es precisamente lo que le da esa validez.

De esta manera, para descubrir qué es lo que constituye el conocimiento, el filósofo alemán hace una distinción entre dos tipos de juicios según su estructura: juicios analíticos y sintéticos, que a su vez se pueden clasificar en a priori o a posteriori dependiendo del origen de su validez. Así, los analíticos expresan en el predicado una idea que estaba ya contenida en la definición del propio sujeto, de manera que no amplían el conocimiento, pero son necesarios. Por su parte, los juicios sintéticos aportan una información nueva que no se encontraba en el predicado, por lo que amplían el conocimiento y se derivan de la experiencia. Con esto resulta evidente que la ciencia debe estar constituida por juicios sintéticos, pero estos tienen el problema de ser contingentes, lo cual no puede darse en el conocimiento que ha de ser necesario y universal. Por lo tanto, los juicios que forman la ciencia son sintéticos a priori, esto es, amplían el conocimiento y además su validez no depende de la experiencia, por lo que son necesarios y universales.

Según esto, se ve claramente que el conocimiento está formando por una síntesis de dos componentes: la experiencia y las condiciones a priori, trascendentales. Esta es la conocida como síntesis kantiana que unifica la corriente empirista y la racionalista para determinar los dos componentes del conocimiento, pues en palabras del propio Kant, “pensamientos

sin contenido son vacíos, intuiciones sin conceptos son ciegas”.

Así pues el origen del conocimiento es la experiencia, que pertenece al nivel de la sensibilidad. Pero la experiencia no se concibe como lo hacían los empiristas, sino que también es una síntesis de dos elementos. Por un lado, están los datos sensibles, que provienen del mundo exterior y que nosotros captamos mediante los sentidos. Por el otro lado, encontramos las condiciones a priori de la sensibilidad, que son el espacio y el tiempo. Estas condiciones las impone el sujeto cognoscente de manera inmediata y lo que hacen es ordenar el conjunto caótico de datos que nos llegan a través de los sentidos, de tal manera que al sujeto le resultaría imposible captar estos datos sin ubicarlos en unas coordenadas espacio-temporales. Estos dos elementos construyen lo que Kant denomina fenómeno, que es lo que nosotros podremos llegar a conocer de la realidad, frente a aquello que nunca llegaremos a conocer por las propias características de nuestro modo de conocimiento: el noúmeno.

No obstante, como hemos apuntado, la experiencia es necesaria pero no suficiente, por lo que es necesario pasar al siguiente estadio de nuestro proceso de conocer: el entendimiento. Este nivel parte del fenómeno que le llega de la experiencia y, de la misma manera que en ésta, el sujeto le aporta unas condiciones a priori. En este caso, las condiciones a priori son las doce categorías en que se clasifican los conceptos que nos permiten entender lo que procede de la experiencia. Esta división en doce categorías se corresponde con los doce tipos de juicios que Kant distingue, ya que los juicios no son más que relaciones entre conceptos. Así, es de estas condiciones a priori que el sujeto aporta de donde proceden la necesidad y la universalidad características de las ciencias y de todo conocimiento. Con esto el filósofo alemán consigue superar las consecuencias de la crítica a la causalidad de Hume, que no era otra que la imposibilidad de un conocimiento universal y necesario, ya que estas características no se encuentran en la experiencia, particular y contingente. El giro que dio Kant y que pasa la imposición de las condiciones del conocimiento del objeto al sujeto trascendental, es lo que se conoce como giro copernicano y supuso un paso importante para la filosofía de la época.

Una vez determinadas las condiciones que cumple toda ciencia, sólo queda compararlas con la metafísica con el objeto de comprobar si las cumple y es una ciencia, o si por el contrario no lo hace y no puede ser considerada como tal. La respuesta es evidentemente negativa: la metafísica no es una ciencia. No obstante, esto no significa que la metafísica deje de ser importante, sino simplemente, que se tendrá que dedicar a otro tipo de menesteres. Kant le encomienda la tarea de ocuparse del mundo trascendente de los valores morales y de las cuestiones que el ser humano se plantea por naturaleza –recordando la acepción de metafísica como disposición natural-, más allá de toda experiencia. Queda, por lo tanto, en el ámbito de la filosofía práctica, dentro del estadio de la razón pura, y se ocupa de lo que son las cosas en sí, los noúmenos, de los cuales no se puede obtener conocimiento alguno, pero sí se puede pensar en ellos. Y aunque la razón sabrá que no le es posible conocerlos, incurrirá una y otra vez en su afán generalizador, en la ilusión trascendental que le hará creer que puede dar respuesta a esas preguntas, y le será inevitable, pues es una disposición natural del ser humano.

Para concluir, Kant responde a la pretensión de la metafísica de establecerse como ciencia con una rotunda negativa que recuerda a la razón la necesidad de fijar sus propios límites, sin pretender obtener conocimiento al margen de la experiencia, así como de realizarse una crítica a sí misma. Así, con su idealismo trascendental y con el importante papel del sujeto en el proceso activo del conocimiento, Kant sentará un precedente para la filosofía, que deberá abandonar los intentos de llegar a conocer la realidad en sí.